

poblada y bastecida de muchos mantenimientos de la tierra y ganado de ovejas: el camino está todo hecho á mano, ancho y bien labrado, y en algunos pasos malos hechas sus calzadas. Llegado á este río, que se dice Turicarami, asentó su real en un pueblo grande llamado Puechío; y todos los mas caciques que habia el río abajo vinieron de paz al Gobernador, y los deste pueblo le salieron á recibir al camino. El Gobernador los recibió á todos con mucho amor, y les notificó el requerimiento que su majestad manda para atraellos en conocimiento y obediencia de la Iglesia y de su majestad; y entendiéndolo ellos por sus lenguas, dijeron que querian ser sus vasallos, y por tales los recibió el Gobernador con la solemnidad que se requiere, y dieron servicio y mantenimientos. Antes de llegar á este pueblo un tiro de ballesta hay una gran plaza con una fortaleza cercada, y dentro muchos aposentos, donde los cristianos se aposentaron, porque los naturales no recibiesen enojo. Así en este como en todos los otros que venian de paz mandó el Gobernador pregonar, so graves penas, que ningun daño les fuese hecho en personas ni en bienes, ni les tomasen los mantenimientos mas de los que ellos quisiesen dar para el sostenimiento de los cristianos, castigando y ejecutando las penas en los que lo contrario hacian; porque los naturales traian cada día cuanto mantenimiento era necesario, y yerba para los caballos, y servian en todo lo que les era mandado. Como el Gobernador viese la ribera de aquel río ser abundosa y muy poblada, mandó que se viese la comarca della, y si habia puerto en buen paraje; y fué hallado muy buen puerto á la costa de la mar cerca desta ribera y caciques señores de mucha gente en parte donde podian venir á servir este río. El Gobernador fué á visitar todos estos pueblos, y vistos, dijo que le parecia ser buena esta comarca para ser poblada de españoles; y porque se cumpla lo que su majestad manda, y los naturales vengan á la conversion y conocimiento de nuestra santa fe católica, hizo mensajeros á los españoles que quedaron en Túmbez que viniesen, para que, con acuerdo de las personas que su majestad mandase, hiciese la poblacion en la parte mas conveniente á su servicio y bien de los naturales; y después de enviado este mensajero, parecióle que habria dilacion en la venida si no fuese persona á quien el cacique é indios de Túmbez tuviesen temor, para que ayudasen á venir la gente, y envió á su hermano Hernando Pizarro, capitán general; y después supo el Gobernador que ciertos caciques que viven en la sierra no querian venir de paz, aunque eran requeridos por los mandamientos de su majestad; y envió un capitán con veinte y cinco de caballo y gente de pié para traellos al servicio de su majestad. Hallándolos el capitán ausentados de sus pueblos, él les fué á requerir que viniesen de paz, y ellos vinieron de guerra, y el capitán salió contra ellos, y en breve tiempo, firiendo y matando, fueron desbaratados los indios; y el capitán les tornó á requerir que viniesen de paz; donde no, que les haria guerra hasta destruirlos; y así, vinieron de paz, y el capitán los recibió; y dejando toda aquella provincia pacificada, se volvió donde el Gobernador estaba, y trujo los caciques; y el Gobernador los rescibió con mucho amor y mandólos

volver á sus pueblos y recoger su gente; y el capitán dijo que habia hallado en los pueblos destes caciques de la sierra minas de oro fino, y que los vecinos lo cogen, y trujo muestra dello, y que las minas están veinte leguas deste pueblo.

El capitán que fué á Túmbez por la gente vino con ella desde en treinta días; alguna della vino por mar con el fardaje en un navío y en un barco y en balsas. Estos eran venidos de Panamá con mercaderías, y no trajeron gente, porque el capitán Diego de Almagro quedaba haciendo una armada para venir á esta poblacion, con propósito de poblar por sí. Sabido por el Gobernador que estos navíos eran llegados, porque con mas brevedad se descargase el fardaje y se subiese el río arriba, él se partió del pueblo de Puechío por el río abajo, con alguna gente. Llegado donde está un cacique llamado Lachira, halló ciertos cristianos que habian desembarcado, los cuales se quejaron al Gobernador que el Cacique les habia hecho mal tratamiento, y la noche antes no habian dormido de temor, porque vieron andar alterados á los indios y caudillados. El Gobernador hizo informacion de los indios naturales, y halló que el cacique de Lachira con sus principales, y otro llamado Almotaje, tenian concertado de matar á los cristianos el día que llegó el Gobernador. Vista la informacion, el Gobernador envió secretamente á prender al cacique de Almotaje y los principales indios, y él prendió tambien al de Lachira y algunos de sus principales, los cuales confesaron el delito. Luego mandó hacer justicia, quemando al cacique de Almotaje y á sus principales é algunos indios y á todos los principales de Lachira: deste cacique de Lachira no fizo justicia, porque pareció no tener tanta culpa y ser apremiado de sus principales, y porque estas dos poblaciones quedaban sin cabezas y se perderian; al cual apercibió que de allí adelante fuese bueno, que á la primera ruindad no le perdonaria, y que recogiese toda su gente y la de Almotaje, y la gobernase é rigiese hasta que un muchacho, heredero en el señorío de Almotaje, fuese de edad para gobernar. Este castigo puso mucho temor en toda la comarca; de manera que una junta que se dijo que tenian urdida todos los comarcanos para venir á dar sobre el Gobernador y españoles, se deshizo, y de allí adelante todos sirvieron mejor, con mas temor que antes. Hecha esta justicia, y recogida toda la gente y fardaje que vino de Túmbez, vista aquella comarca y ribera por el reverendo padre Vicente de Valverde, religioso de la orden de santo Domingo, y por los oficiales de su majestad, el Gobernador, con acuerdo destas personas, como sus majestades mandan (porque en esta comarca y ribera concurren las causas y cualidades que debe haber en tierra que ha de ser poblada de españoles, y los naturales della podrán servir sin padecer fatiga demasiada, teniendo principalmente respecto á su conservacion, como es la voluntad de su majestad que se tenga), asentó y fundó pueblo en nombre de su majestad. Junto á la ribera deste río, seis leguas del puerto de mar, hay un cacique señor de una poblacion que se llama Tangarara, á la cual se puso por nombre San Miguel; y porque los navíos que habian venido de Panamá no recibiesen detrimento dilatándose su tor-

nada, el Gobernador, con acuerdo de los oficiales de sus majestades, mandó fundir cierto oro que estos caciques y el de Túmbez habian dado de presente, y sacado el quinto perteneciente á sus majestades, la resta perteneciente á la compañía el Gobernador la tomó prestada de los compañeros para pagarla del primer oro que se hubiese, y con este oro despachó los navíos, pagados sus fletes, y los mercaderes despacharon sus mercaderías y se partieron. El Gobernador envió á avisar al capitán Almagro, su compañero, cuánto seria deservido Dios y su majestad de intentar y hacer nueva poblacion para estorbarle su propósito. Habiendo proveido el Gobernador el despacho destes navíos, repartió entre las personas que se avencindaron en este pueblo las tierras y solares, porque los vecinos sin ayuda y servicio de los naturales no se podian sostener ni poblarse el pueblo, y sirviendo sin estar repartidos los caciques en personas que los administrasen, los naturales recibirian mucho daño; porque, como los españoles tengan conocimientos á los indios que tienen administracion, son bien tratados y conservados. A esta causa, con acuerdo del religioso y de los oficiales que les pareció convenir así al servicio de Dios y bien de los naturales, el Gobernador depositó los caciques y indios en los vecinos deste pueblo, porque los ayudasen á sostener, y los cristianos los doctrinasen en nuestra santa fe conforme á los mandamientos de su majestad; entre tanto que provee lo que mas conviene al servicio de Dios y suyo y bien del pueblo y de los naturales de la tierra, fueron elegidos alcaldes y regidores y otros oficiales públicos, á los cuales fueron dadas ordenanzas por donde se rigiesen.

Tuvo noticia el Gobernador que la via de Chíncha y del Cuzco hay muchas y grandes poblaciones abundosas y ricas; y que doce ó quince jornadas deste pueblo está un valle poblado que se dice Caxamalca, adonde reside Atabalipa, que es el mayor señor que al presente hay entre los naturales, al cual todos obedecen; y que lejos tierra de donde es natural, ha venido conquistando; y como llegó á la provincia de Caxamalca (por ser tan rica y apacible), asentó en ella, y de allí va conquistando mas tierra; y por ser este señor tan temido, los comarcanos deste río no están domésticos al servicio de su majestad como conviene, antes se favorecen con este Atabalipa, y dicen que á él tienen por señor y no hay otro, y que pequeña parte de su hueste basta para matar á todos los cristianos; poniendo mucho temor con su acostumbrada crueldad. El Gobernador acordó de partirse en busca de Atabalipa para traerlo al servicio de su majestad, y para pacificar las provincias comarcanas; porque, este conquistado, lo restante ligeramente seria pacificado.

Salió el Gobernador de la ciudad de San Miguel en demanda de Atabalipa á 24 días de setiembre año de 1532. El primero día de su camino pasó la gente el río en dos balsas, y los caballos nadando; aquella noche durmió en un pueblo de la otra parte del río; en tres días siguientes llegó al valle de Piura, á una fortaleza de un cacique, adonde halló un capitán con ciertos españoles, al cual él habia enviado para pacificar aquel cacique, y porque no pusiesen en necesidad al

cacique de San Miguel; allí estuvo el Gobernador diez días reformándose de lo que era menester para su viaje; y contando los cristianos que llevaba, halló sesenta y siete de á caballo y ciento y diez de á pié, tres dellos escopeteros y algunos ballesteros; é porque el teniente de San Miguel le escribió que quedaban allá pocos cristianos, mandó pregonar el Gobernador que los que quisiesen volver á avencindarse en el pueblo de San Miguel que asignarian indios con que se sostuviesen, como á los otros vecinos que allá quedaban; y que él iria á conquistar con los que le quedasen, pocos ó muchos. De allí se volvieron cinco de caballo y cuatro de pié. Por manera que se cumplieron con estos cincuenta y cinco vecinos, sin otros diez ó doce que quedaron sin vecindades por su voluntad; al Gobernador quedaron sesenta y dos de á caballo y ciento y dos de á pié. Allí mandó el Gobernador que hiciesen armas los que no las tenian, para sus personas y para sus caballos; y reformó los ballesteros, cumpliéndolos á veinte, y puso un capitán que tuviese cargo dellos.

Luego que hubo proveido en todo lo que convenia, se partió con la gente; y habiendo caminado hasta mediodía, llegó á una plaza grande cercada de tapias, de un cacique llamado Pabor; el Gobernador y su gente se aposentaron allí. Súpose que este cacique era gran señor, el cual al presente estaba destruido; que el Cuzco viejo, padre de Atabalipa, le habia destruido veinte pueblos y muerto la gente dellos. Con todo este daño, tenia mucha gente, y junto con él está otro su hermano, tan gran señor como él. Estos eran de paz, depositados en la ciudad de San Miguel; esta poblacion y la de Piura está en unos valles llanos muy buenos. El Gobernador se informó allí de los pueblos y caciques comarcanos y del camino de Caxamalca, y informáronle que dos jornadas de allí habia un pueblo grande, que se dice Caxas, en el cual habia guarnicion de Atabalipa esperando á los cristianos, si fuesen por allí. Sabido por el Gobernador, mandó secretamente á un capitán con gente de pié y de caballo, para que fuese al pueblo de Caxas, porquesi allí hobiese gente de Atabalipa no tomasen soberbia yendo á ellos; y mandóle que buenamente procurase de los pacificar y traellos á servicio de su majestad, requiriéndoles por sus mandamientos. Luego aquel día se partió el capitán; otro día se partió el Gobernador, y llegó á un pueblo llamado Zaran, donde esperó al capitán que fué á Caxas; el cacique del pueblo trujo al Gobernador mantenimiento de ovejas y otras cosas, á una fortaleza donde el Gobernador llegó á mediodía. Otro día partió de la fortaleza y llegó al pueblo de Zaran, en el cual mandó asentar su real para esperar al capitán que habia ido á Caxas; el cual desde en cinco días envió un mensajero al Gobernador, haciéndole saber lo que les habia sucedido. El Gobernador respondió luego cómo en aquel pueblo quedaba esperando que desque hubiesen negociado viniesen á se juntar con él; y que de camino visitasen y pacificasen otro pueblo que está cerca de la ciudad de Caxas, que se dice de Gicabamba; y que tenia noticia que este cacique de Zaran es señor de buenos pueblos y de un valle abundoso, el cual está depositado en los vecinos de la ciudad de San Miguel. En ocho días que el Gobernador estuvo espe-

rando al capitán se reformaron los españoles, y aderezaron sus caballos para la conquista y viaje. Venido el capitán con su gente, hizo relación al Gobernador de lo que en aquellos pueblos había visto; en que dijo que había estado dos días y una noche hasta llegar á Caxas, sin reposar más de á comer, subiendo grandes sierras por tomar de sobresalto aquel pueblo; y que con todo esto no pudo llegar (aunque llevó buenas guías) sin que en el camino topase con espías del pueblo; y que algunos dellos fueron tomados, de los cuales supieron cómo estaba la gente; y puestos los cristianos en orden, siguió su camino hasta llegar al pueblo, y á la entrada dél halló un asiento de real donde pareció haber estado gente de guerra. El pueblo de Caxas está en un valle pequeño entre unas sierras, y la gente del pueblo estaba algo alterada; y como el capitán les dió seguro, y les hizo entender cómo venía de parte del Gobernador para los recibir por vasallos del Emperador; entonces salió un capitán, que dijo que estaba por Atabalipa recibiendo los tributos de aquellos pueblos, del cual se informó del camino de Caxamalca, y de la intención que Atabalipa tenía para recibir á los cristianos, y de la ciudad del Cuzco, que está de allí treinta jornadas; que tiene la cerca un día de andadura, y la casa de aposento del Cacique tiene cuatro tiros de ballesta, y que hay una sala donde está muerto el Cuzco viejo, que el suelo está chapado de plata, y el techo y las paredes de chapas de oro y plata entretrejidas. Y que aquellos pueblos habían estado hasta un año antes por el Cuzco, hijo del Cuzco viejo; que hasta que Atabalipa, su hermano, se levantó, y ha venido conquistando la tierra, echándoles grandes pechos y tributos, y que cada día hace en ellos grandes crueldades, y que, demás del tributo que le dan de sus haciendas y granjerías, se lo dan de sus hijos y hijas. Y que aquel asiento de real que allí estaba fué de Atabalipa, que pocos días antes se había ido de allí con cierta parte de su hueste, y que se halló en aquel pueblo de Caxas una casa grande, fuerte y cercada de tapias, con sus puertas, en la cual estaban muchas mujeres hilando y tejiendo ropas para la hueste de Atabalipa, sin tener varones, más de los porteros que las guardaban, y que á la entrada del pueblo había ciertos indios ahorcados de los pies; y supo deste principal que Atabalipa los mandó matar porque uno dellos entró en la casa de las mujeres á dormir con una; al cual, y á todos los porteros que consintieron, ahorcó.

Como este capitán hubo apaciguado este pueblo de Caxas, fue al de Guacamba, que es una jornada de allí, y es mayor que el de Caxas y de mejores edificios, y la fortaleza toda de piedra bien labrada, asentadas las piedras grandes de largo de cinco y seis palmas, tan juntas, que parece no haber entre ellas mezcla, con su azotea alta de cantería, con dos escaleras de piedra en medio de dos aposentos. Por medio deste pueblo y del de Caxas pasa un río pequeño, de que los pueblos se sirven, y tienen sus puentes con calzadas muy bien hechas. Pasa por aquellos dos pueblos un camino ancho, hecho á mano, que atraviesa toda aquella tierra, y viene desde el Cuzco hasta Guito, que hay más de trescientas leguas; va llano, y por la sierra bien labrado; es tan ancho, que seis de á caballo pueden ir por él á la par sin

llegar uno á otro; van por el camino caños de agua traídos de otra parte, de donde los caminantes beben. A cada jornada hay una casa á manera de venta, donde se aposentan los que van y vienen. A la entrada deste camino en el pueblo de Caxas, está una casa al principio de una puente, donde reside una guarda que recibe el portazgo de los que van y vienen, y páganlo en la misma cosa que llevan; y ninguno puede sacar carga del pueblo si no la mete. Aquesta costumbre tienen antiguamente, y Atabalipa la suspendió en cuanto tocaba á lo que sacaban para su gente de guarnición. Ningún pasajero puede entrar ni salir por otro camino con carga, sino por do está la guarda, so pena de muerte. También dijo que halló en estos dos pueblos dos casas llenas de calzado y panes, de sal y un manjar que parecía albóndigas, y depósito de otras cosas para la hueste de Atabalipa; y dijo que aquellos pueblos tenían buena orden y vivían políticamente. Con el capitán vino un indio principal con otros algunos, y dijo el capitán que aquel indio había venido con cierto presente para el Gobernador; este mensajero dijo al Gobernador que su señor Atabalipa le envía desde Caxamalca para le traer aquel presente, que eran dos fortalezas á manera de fuente, figuradas en piedra, con que beba, y dos cargas de patos secos desollados, para que, hechos polvos, se sahume con ellos, porque así se usa entre los señores de su tierra; y que le envía á decir que él tiene voluntad de ser su amigo, y esperalle de paz en Caxamalca. El Gobernador recibió el presente y le habló bien, diciendo que holgaba mucho de su venida, por ser mensajero de Atabalipa, á quien él deseaba ver por las nuevas que dél oía; que, como él supo que hacía guerra á sus contrarios, determinó de ir á verlo y ser su amigo y hermano, y favorecerlo en su conquista con los cristianos que con él venían; y mandó que le diesen de comer á él y á los que con él venían, y todo lo que hubiesen menester, y fuesen bien aposentados, como embajadores de tan gran señor; y después que hubieron reposado, los mandó venir ante sí, y les dijo que si querían volver ó reposar allí algún día, que hiciesen á su voluntad. El mensajero dijo que quería volver con la respuesta á su señor; el Gobernador le dijo: «Dirásle de mi parte lo que te he dicho, que no pararé en algún pueblo del camino por llegar presto á verme con él.» Y dióle una camisa y otras cosas de Castilla para que le llevase. Partido este mensajero, el Gobernador se detuvo allí dos días, porque la gente que había venido de Caxas venía fatigada del camino; y entre tanto escribió á los vecinos del pueblo de San Miguel la relación que de la tierra tenía y las nuevas de Atabalipa, y les envió las dos fortalezas y ropas de lana de la tierra que de Caxas trujeron (que es cosa de ver en España la obra y primeza della, que más se juzgara ser seda que de lana, con muchas labores y figuras de oro, de martillo, muy bien asentado en la ropa). Como el Gobernador hubo despachado estos mensajeros para el pueblo de San Miguel, él se partió, y anduvo tres días sin hallar pueblo ni agua, más de una fuente pequeña, de donde con trabajo se proveyó. Al cabo de tres días llegó á una gran plaza cercada, en la cual no halló gente; supose que es de un cacique señor de un pueblo que se dice Copiz, que está cerca de allí en un valle, y que aque-

lla fortaleza está despoblada porque no tenía agua. Otro día madrugó el Gobernador con la luna, porque había gran jornada hasta llegar á poblado; á mediodía llegó á una casa cercada con muy buenos aposentos, de donde le salieron á recibir algunos indios; y porque allí no había agua ni mantenimientos, se fué dos leguas de allí al pueblo de cacique; llegado allí, mandó que la gente se aposentase junta en cierta parte dél. Allí supo el Gobernador de los principales indios de aquel pueblo, que se llama Motux, que el cacique dél estaba en Caxamalca y que había llevado treientos hombres de guerra. Hallóse allí un capitán puesto por Atabalipa. Allí reposó el Gobernador cuatro días, y en ellos vió alguna parte de la población deste cacique, que pareció tener mucha en un valle abundoso. Todos los pueblos que hay de allí hasta el pueblo de San Miguel están en valles, y asimesmo todos aquellos de que se tiene noticia que hay hasta el pié de la sierra que está cerca de Caxamalca. Por este camino toda la gente tiene una misma manera de vivir: las mujeres visten una ropa larga que arrastra por el suelo, como hábito de mujeres de Castilla; los hombres traen unas camisas cortadas; es gente sucia, comen carne y pescado, todo crudo; el maíz comen cocido y tostado; tienen otras suciedades de sacrificios y mezquitas, á las cuales tienen en veneración; todo lo mejor de sus haciendas ofrescen en ellas. Sacrifican cada mes á sus propios hijos, y con la sangre dellos, untan las caras á los ídolos y las puertas á las mezquitas, y echan della encima de las sepulturas de los muertos; y los mismos de quien hacen sacrificio se dan de voluntad á la muerte, riendo y bailando y cantando, y ellos la piden después que están hartos de beber, ante que les corten las cabezas; también sacrifican ovejas. Las mezquitas son diferenciadas de las otras casas, cercadas de piedra y de tapia, muy bien labradas, asentadas en lo más alto de los pueblos; en Túmbez y en estas poblaciones usan un traje y tienen los mismos sacrificios. Siembran de regadío en las vegas de los ríos, repartiendo las aguas en acequias; cogen mucho maíz y otras semillas y raíces, que comen; en esta tierra llueve poco.

El Gobernador caminó dos días por unos valles muy poblados, durmiendo á cada jornada en casas fuertes cercadas de tapias; los señores destes pueblos dicen que el Cuzco viejo posaba en estas casas cuando iba camino por una tierra arenosa y seca, hasta que llegó á otro valle bien poblado, por el cual pasa un río furioso y grande; y porque iba crecido, el Gobernador durmió de aquella parte, y mandó á un capitán que lo pasase á nado con algunos que sabían nadar; que fuese á los pueblos de la otra parte, porque no viniese gente á estorbar el paso. El capitán Hernando Pizarro pasó, y los indios de un pueblo que están á la otra parte vinieron á él de paz, y aposentóse en una fortaleza cercada; y como viese que estaban alzados los indios de los pueblos, que aunque algunos indios salieron á él de paz, todos los pueblos estaban yermos y la ropa alzada, él les preguntó por Atabalipa, si sabían que esperaba de paz ó de guerra á los cristianos; y ninguno le quiso decir verdad, por temor que tenían de Atabalipa, hasta que, tomado aparte un principal y atormentado, dijo que Atabalipa esperaba de guerra con su gente en tres par-

tes, la una al pié de la sierra, y otra en Caxamalca, con mucha soberbia, diciendo que ha de matar á los cristianos; lo cual dijo este principal que él lo había oído. Otro día por la mañana lo hizo saber el capitán al Gobernador. Luego mandó el Gobernador cortar árboles de la una parte y de la otra del río, con que la gente y fardaje pasase; y fueron hechos tres pontones, por donde en todo aquel día pasó la hueste y los caballos á nado; en todo esto trabajó el Gobernador mucho fasta ser pasada la gente; y como hubo pasado, se fué á aposentar á la fortaleza donde el capitán estaba; y mandó llamar á un cacique, del cual supo que Atabalipa estaba adelante de Caxamalca, en Guamachuco, con mucha gente de guerra, que serían cincuenta mil hombres; como el Gobernador oyó tanto número de gente, creyendo que erraba el Cacique en la cuenta, informóse de su manera de contar, y supo que cuentan de uno hasta diez, y de diez hasta ciento, y de diez cientos, hacen mil, y cinco dieces de millares era la gente que Atabalipa tenía. Este cacique de quien el Gobernador se informó es el principal de los de aquel río; el cual dijo que al tiempo que vino Atabalipa por aquella tierra, él se había escondido por temor; y como no lo halló en sus pueblos, de cinco mil indios que tenía, le mató los cuatro mil, y le tomó seiscientas mujeres y seiscientos mochos para repartir entre su gente de guerra; é dijo que el cacique señor de aquel pueblo y fortaleza donde estaba se llama Cinto, y estaba con Atabalipa.

Aquí reposó el Gobernador y su gente cuatro días; y un día antes que se hubiese de partir habló con un indio principal de la provincia de San Miguel, y le dijo si se atrevía á ir á Caxamalca por espía y traer aviso de lo que hobiese en la tierra. El indio respondió: «No osaré ir por espía; mas iré por tu mensajero á hablar con Atabalipa, y sabré si hay gente de guerra en la sierra, y el propósito que tiene Atabalipa.» El Gobernador le dijo que fuese como quisiese; y que si en la sierra hobiese gente, como allí habían sabido, que le enviase aviso con un indio de los que consigo llevaba, y que hablase con Atabalipa y su gente, y les dijese el buen tratamiento que él y los cristianos hacen á los caciques de paz, y que no hacen guerra sino á los que se ponen en ella, y que de todo les dijese verdad, según lo que había visto; y que si Atabalipa quisiese ser bueno, que él sería su amigo y hermano, y le favorecería y ayudaría en su guerra. Con esta embajada se partió aquel indio, y el Gobernador prosiguió su viaje por aquellos valles, hallando cada día pueblo con su casa cercada como fortaleza, y en tres jornadas llegó á un pueblo que está al pié de la sierra, dejando á la mano derecha el camino que había traído, porque aquel va siguiendo por aquellos valles la Chíncha, y este otro va á Caxamalca derecho; el cual camino se supo que iba hasta Chíncha poblado de buenos pueblos, y viene desde el río de San Miguel, hecho de calzada, cercado de ambas partes de tapia; dos carretas pueden ir por él á la par; y de Chíncha va al Cuzco, y en mucha parte dél van árboles de una parte y otra, puestos á mano para que hagan sombra al camino. Este camino se hizo para el Cuzco viejo, por donde venía á visitar su tierra, y aquellas casas cercadas eran sus aposentos. Algunos de los cristianos fue-

ron de parecer que fuese el Gobernador con ellos por aquel camino á Chíncha, porque por el otro camino había una mala sierra de pasar antes de llegar á Caxamalca, y en ella había gente de guerra de Atabalipa, y yendo por allí se les podía seguir algún detrimento. El Gobernador respondió que ya tenía noticia Atabalipa que él iba en su demanda desde que partió del río de San Miguel; que si dejasen aquel camino dirían los indios que no osaban ir á ellos, y tomarían mas soberbia de la que tenían; por lo cual, y por otras muchas causas, dijo que no se había de dejar el camino comenzado, y ir á do quiera que Atabalipa estuviere; que todos se animasen á hacer como dellos esperaba; que no les pusiese temor la mucha gente que decían que tenía Atabalipa; que, aunque los cristianos fuesen menos, el socorro de nuestro Señor es suficiente para que ellos desbaratasen á los contrarios y los hacer venir en conocimiento de nuestra santa fe católica, como cada día se ha visto hacer nuestro Señor milagros en otras mayores necesidades; que así lo haría en la presente, pues iban con buena intención de atraer aquellos infieles al conocimiento de la verdad, sin les hacer mal ni daño, sino á los que quisieren contradecirlo y ponerse en armas.

Hecho este razonamiento por el Gobernador, todos dijeron que fuese por el camino que le pareciese que mas convenia; que todos le seguirían con mucho ánimo, y al tiempo del efecto vería lo que cada uno hacia. Llegados al pié de la sierra, reposaron un día para dar orden en la subida. Habido su acuerdo el Gobernador con personas experimentadas, determinó de dejar la retaguarda y fardaje, y tomó consigo cuarenta de á caballo y sesenta de á pié, y los demás dejó con un capitán, y mandóle que fuese en su seguimiento muy concertadamente, y que él le avisaría de lo que hobiese de hacer. Con este concierto comenzó á subir el Gobernador; los caballeros llevaban sus caballos de diestro, hasta que á mediodía llegaron á una fortaleza cercada, que está encima de una sierra en un mal paso, que con poca gente de cristianos se guardaría á una gran hueste, porque era tan agria, que por partes había que subían como por escaleras, y no había otra parte por do subir sino por solo aquel camino. Subióse este paso sin que alguna gente lo defendiese; esta fortaleza está cercada de piedra, asentada sobre una sierra cercada de Peña Tajada. Allí paró el Gobernador á descansar y á comer; es tanto el frío que hace en esta sierra, que, como los caballos venían hechos al calor que en los valles hacia, algunos dellos se resfriaron. De allí fué el Gobernador á dormir á otro pueblo, y hizo mensajero á los que atrás venían, haciéndoles saber que seguramente podían subir aquel paso; que trabajasen por venir á dormir á la fortaleza. El Gobernador se aposentó aquella noche en aquel pueblo en una casa fuerte, cercada de piedra y labrada de cantería, tan ancha la cerca como cualquier fortaleza de España, con sus puertas; que si en esta tierra hobiese los maestros y herramientas de España no pudiera ser mejor labrada la cerca. La gente deste pueblo era alzada, excepto algunas mujeres y pocos indios, de los cuales mandó el Gobernador á un capitán que tomase de los mas principales dos, y les preguntase á cada uno por sí de las cosas de aquella tierra y dónde estaba Atabalipa,

si esperaba de paz ó de guerra. El capitán supo dellos cómo había tres días que Atabalipa era venido á Caxamalca y que tenía consigo mucha gente; que no sabían lo que quería hacer; que siempre habían oído que quería paz con los cristianos, y que la gente deste pueblo estaba por Atabalipa. Ya que el sol se quería poner llegó un indio de los que había llevado el indio que el Gobernador envió por mensajero, y dijo que le había enviado el principal indio que iba por mensajero desde cerca de Caxamalca, porque allí había encontrado dos mensajeros de Atabalipa que venían atrás; que otro día llegarían y que Atabalipa estaba en Caxamalca, y que él no quiso parar hasta ir á hablar á Atabalipa, y que él volvería con la respuesta, y que en el camino no había hallado gente de guerra. Luego el Gobernador hizo saber todo esto por su carta al capitán que había quedado con el fardaje, y que otro día caminaría pequeña jornada por esperalle, y de allí caminaría toda la gente junta. Otro día por la mañana caminó el Gobernador con su gente, subiendo todavía la sierra, y paró en lo alto della en un llano cerca de unos arroyos de agua, para esperar á los que atrás venían. Los españoles se aposentaron en sus toldos de algodón que traían, haciendo fuego por defenderse del gran frío que en la sierra hacia; que en Castilla en tierra de campos no hace mayor frío que en esta sierra; la cual es rasa de monte, toda llena de una yerba como esparto corto; algunos árboles hay adrados, y las aguas son tan frias, que no se pueden beber sin calentarse. Dende á poco rato que el Gobernador había aquí reposado llegó la retaguarda, y por otra parte los mensajeros que Atabalipa enviaba, los cuales traían diez ovejas. Llegados ante el Gobernador, y hecho su acatamiento, dijeron que Atabalipa enviaba aquellas ovejas para los cristianos y para saber el día que llegarían á Caxamalca, para les enviar comida al camino. El Gobernador los recibió bien, y les dijo que se holgaba con su venida, por enviarlos su hermano Atabalipa; que él iría lo mas presto que pudiese. Después que hobieron comido y reposado, el Gobernador les preguntó de las cosas de la tierra y de las guerras que tenía Atabalipa. El uno dellos respondió que cinco días había que Atabalipa estaba en Caxamalca para esperar allí al Gobernador, y que no tenía consigo sino poca gente; que la había enviado á dar guerra al Cuzco, su hermano. Preguntóle el Gobernador en particular lo que había pasado en todas aquellas guerras, y cómo comenzó á conquistar; el indio dijo: «Mi señor Atabalipa es hijo del Cuzco viejo, que es ya fallecido, el cual señoreó todas estas tierras; y á este su hijo Atabalipa dejó por señor de una gran provincia que está adelante de Tomipunxa, la cual se dice Guito, y á otro su hijo mayor dejó todas las otras tierras y señorío principal; y por ser sucesor del señorío se llama Cuzco, como su padre. Y no contento con el señorío que tenía, vino á dar guerra á su hermano Atabalipa, el cual le envió mensajeros rogándole que le dejase pacíficamente en lo que su padre le había dejado por herencia, y no lo queriendo hacer el Cuzco, mató á sus herederos y á un hermano de los dos que fué con la embajada. Visto esto por Atabalipa, salió á él con mucha gente de guerra hasta llegar á la provincia de Tumepomba, que era del

señorío de su hermano; y por defenderse de la gente, quemó el pueblo principal de aquella provincia y mató toda la gente. E allí le vinieron nuevas que su hermano había entrado en su tierra haciendo guerra, y fué sobre él; y como el Cuzco supo su venida, fué huyendo á su tierra. Atabalipa fué conquistando las tierras del Cuzco, sin que algun pueblo se le defendiese, porque sabían el castigo que en Tumepomba hizo, y de todas las tierras que señoreaba se rehacía de gente de guerra. Y como llegó á Caxamalca parecióle la tierra buena y abundante, y asentó allí, para acabar de conquistar toda la otra tierra de su hermano, y envió con un capitán dos mil hombres de guerra sobre la ciudad donde su hermano reside; y como su hermano tenía mucho número de gente, matóle estos dos mil hombres; y Atabalipa tornó á enviar mas gente con dos capitanes, seis meses há, y de pocos días acá le han venido nuevas destes dos capitanes, que han ganado toda la tierra del Cuzco hasta llegar á su pueblo, y han desbaratado á él y á su gente, y traen presa su persona, y le tomaron mucho oro y plata.» El Gobernador dijo al mensajero: «Mucho he holgado de lo que me has dicho, por saber de la victoria de tu señor; porque, no contento su hermano con lo que tenía, quería abajar á tu señor del estado en que su padre le había dejado. A los soberbios les acaece como al Cuzco; que no solamente no alcanzan lo que malamente desean, pero aun ellos quedan perdidos en bienes y personas.» Y creyendo el Gobernador que todo lo que este indio había dicho era de parte de Atabalipa, por poner temor á los cristianos y dar á entender su poderío y destreza, dijo al mensajero: «Bien creo que lo que has dicho es así, porque Atabalipa es gran señor, y tengo nuevas que es buen guerrero; mas hágote saber que mi señor el Emperador, que es rey de las Españas y de todas las Indias y Tierra-Firme, y señor de todo el mundo, tiene muchos criados mayores señores que Atabalipa, y capitanes suyos han vencido y prendido á muy mayores que Atabalipa y su hermano y su padre; y el Emperador me envió á estas tierras á traer á los moradores dellas en conocimiento de Dios y en su obediencia, y con estos pocos cristianos que conmigo vienen he yo desbaratado mayores señores que Atabalipa. Y si él quisiere mi amistad y recibirme de paz, como otros señores han hecho, yo le seré buen amigo y le ayudaré en su conquista, y se quedará en su estado; porque yo voy por estas tierras de largo hasta descubrir la otra mar; y si quisiere guerra, yo se la haré, como la he hecho al cacique de la isla de Santiago y al de Túmbez, y todos los demás que conmigo la han querido; que yo á ninguno hago guerra ni enojo si él no la busca.

Oidas estas cosas por los mensajeros, estuvieron un rato como atónitos, que no hablaron, oyendo que tan pocos españoles hacían tan grandes hechos; y de ahí á poco dijeron que se querían ir con la respuesta á su señor y decille que los cristianos irían presto, porque les enviase refresco al camino; y el Gobernador los despidió. Otro día por la mañana tomó el camino todavía por la sierra, y en unos pueblos que cerca de allí en un valle halló fué á dormir aquella noche. Y luego que el señor Gobernador allí fué llegado, vino el principal

mensajero que Atabalipa había primero enviado con el presente de las fortalezas que vino á Zaran por la vía de Caxas. El Gobernador mostró holgarse mucho con él, y le preguntó qué tal quedaba Atabalipa; él respondió que bueno, y le enviaba con diez ovejas que traía para los cristianos, y habló muy desenvueltamente, y en sus razones parecía hombre vivo. Como hubo hecho su razonamiento, preguntó el Gobernador á las lenguas que qué decía. Dijeron que lo mesmo que había dicho el otro mensajero el día antes, y otras muchas razones alabando el gran estado de su señor y la gran pujanza de su hueste, y asegurando y certificando al Gobernador que Atabalipa le recibiría de paz y lo quería tener por amigo y hermano. El Gobernador le respondió con muy buenas palabras, como al otro había respondido. Este embajador traía servicio de señor y cinco ó seis vasos de oro fino, con que bebía, y con ellos daba de beber á los españoles de la chicha que traía, y dijo que con el Gobernador se quería ir hasta Caxamalca.

Otro día por la mañana se partió el Gobernador y caminó por las sierras como primero, y llegó á unos de Atabalipa, adonde reposó un día. Otro día vino allí el mensajero que había enviado el Gobernador á Atabalipa, que era un principal indio de la provincia de San Miguel; y viendo al mensajero de Atabalipa, que presente estaba, arremetió contra él, y trabóle de las orejas, tirando reciamente, hasta que el Gobernador mandó que lo soltase, que dejándolos, hubiera entre ellos mala escaramuza. Preguntóle el Gobernador que por qué había hecho aquello al mensajero de su hermano Atabalipa; él dijo: «Este es un gran bellaco, llevador de Atabalipa, y viene aquí á decir mentiras, mostrando ser persona principal; que Atabalipa está de guerra fuera de Caxamalca en el campo, y tiene mucha gente; que yo hallé el pueblo sin gente, y de ahí fui á las tiendas, y vi que tiene mucha gente y ganado y muchas tiendas, y todos están á punto de guerra, y á mi me quisieron matar, si no fuera porque les dije que si me mataban, que matarían acá á los embajadores de allá, y que hasta que yo volviere no los dejarían ir; y con esto me dejaron; y no me quisieron dar de comer, sino que me rescatase. Díjeles que me dejasen ver á Atabalipa y decirle mi embajada, y no quisieron, diciendo que estaba ayudando y no podía hablar con nadie. Un tío suyo salió á hablar conmigo, y yo le dije que era tu mensajero y todo lo que mas mandaste que yo dijese. Él me preguntó qué gente son los cristianos y qué armas traen. E yo le dije que son valientes hombres y muy guerreros; que traen caballos que corren como viento, y los que van en ellos llevan unas lanzas largas y con ellas matan á cuantos hallan, porque luego en dos saltos los alcanzan, y los caballos con los piés y bocas matan muchos. Los cristianos que andan á pié dije que son muy sueltos, y traen en un brazo una rodela de madera con que se defienden y jubones fuertes colchados de algodón y unas espadas muy agudas que cortan por ambas partes de golpe un hombre por medio, y á una oveja llevan la cabeza, y con ella cortan todas las armas que los indios tienen; y otros traen ballestas que tiran de lejos, que de cada saetada matan un hombre, y tiros de pólvora que tiran pelotas de fuego, que matan mucha gente.